

velada de la Unión Ibero-Americana, de que tuve noticia con dos días de anticipación, y en la cual, con cortés y amable insistencia, se quiso que yo hiciera uso de la palabra, no habiendo podido negarme después de presentar las muy justificadas excusas que cualquiera presume. Púedese repentizar un brindis en animado banquete, púedese lucir con cuatro palabras al aire en cualquier circunstancia eventual, sin preparación alguna; pero cuando nos cubre el techo del Paraninfo de la Universidad Central, y se trata de Cervantes, de la magna tradición clásica nacional, identificada con el espíritu de la patria, es desconsolador no disponer sino de horas, no poder abrir un libro, no poder repasar la materia, no recogerse. He aquí los daños de este método nuestro, de proceder por sorpresas y chispazos. Yo soy un elemento de muy escasa valía; pero tal cual soy, con tiempo y espacio algo más sabré decir y pensar que con rápidas exteriorizaciones de ideas. Yo, como todos, aprendo cuando estudio, y ni la forma ni el fondo de un discurso mío, sea breve, sea extenso, pueden perder nada si lo cuezo al fuego del trabajo y si me adueño de la materia que he de tratar en él.

* *

A disponer de un mes siquiera, trataría de la lengua castellana. Ella, y no ningún otro lazo, es lo que mantiene nuestra unión moral con las naciones del Nuevo Continente. La idea de raza, tenida por científica, es ahora muy atacada en el terreno científico también, y ha llegado á serlo tan rudamente, que hay recientes libros que la pulverizan, y sólo dejan en pie la influencia del suelo, de la tierra en que se nace y vive. Pero el influjo poderoso de la lengua no se puede discutir, no se puede negar; es hecho demasiado evidente y constante; mientras se habla el mismo idioma, las relaciones son fáciles, activas, la fraternidad se establece sin esfuerzo, las antipatías por causas históricas se borran pronto. Mientras en la América que fué española el habla siga siendo española, atracciones, trueques de vida, infusión continua de nuestro espíritu persistirán en aquellos países, y con creciente interés, á medida que crezcan su prosperidad y vigor, mirarán los hispano-americanos á los españoles.

No puedo menos de ver el signo de la extranjería en la diferencia de lengua. Se me dirá que dentro del organismo nacional de España provincias enteras ni hablan el castellano sino oficialmente. Para que esta consideración no nos lleve demasiado lejos, diré que tenemos mil medios suaves, orgánicos, de mantener á esas provincias incorporadas á la patria; pero que tratándose de América, nuestra única defensa es comunidad de lengua, y por eso debe proclamarse que los que con gloria y honor la cultivan y logran enviarla, sonora, sabrosa, elegante, arrogante, refinada, afiligranada, al través de los océanos, á sostener nuestro influjo en América, hacen tanto por la patria como haría un caudillo victorioso.

No importa que en América sufra alteraciones la lengua, con tal que prevalezca su índole hispánica. También en diversos puntos del territorio español se modifica de mil modos, con la pronunciación y la construcción, el idioma; también los lozanos brotes de los provincialismos irrumpen por ella, y, sin embargo, persiste, y entre las infinitas decadencias que lloramos, no incluyo la del habla.

En nuestras Antillas, cuando eran nuestras, al menos en Puerto Rico, se había formado una especie de gracioso patué modificando ciertas letras y convirtiéndolas en diptongos, sin que por eso dejase de ser allí el castellano enriquecido por buen número de poetas y escritores.

Aun cuando no pudiera hoy decirse como se dijo, que en Lima se habla español muy limado—y tengo entendido que muy limado sigue hablándose,—siempre será para nosotros un bien inmenso que en Lima siga hablándose en español.

* *

Este es, á mi ver, el verdadero significado del Centenario, con relación á América, por representar Cervantes el momento culminante de la fijación del castellano como lengua á la vez popular y literaria. Al decir fijación no entiendo esta palabra en sentido estático. Como que Cervantes fué también un innovador, á su hora y en su tiempo: y no en vano dice la gran autoridad del Sr. Cejador en su obra magistral *La Lengua de Cervantes*, que jamás, desde que aparecen los primeros monumentos redactados en romance, habíase presentado una vuelta tan radical en su fonetismo como la que presenció el espacio de tiempo que corre desde la Gramática de Nebrija hasta el *Quijote*. Nadie mejor que Cervantes ha con-

firmado la ley filológica, que el desarrollo del lenguaje procede de dos operaciones: la alteración fonética y la renovación dialectal. Ese elemento popular de los dialectos tiene en el *Quijote* amplia representación, y ese juego y nervio del habla paladina, redimida de la nota de plebeya baja que le achoca en su *Diálogo de las Lenguas* Juan de Valdés, es uno de los especialísimos encantos del libro sin par.

* *

Perdido cuanto ganó para nuestro imperio la espada, siguen lidiando por nosotros el manchego andante y su escudero con las armas de la pluma cervantina, en las tierras descubiertas, así por los navegantes españoles como por Colón. Confirmando la superioridad de la lengua sobre la raza, ni aun el invasor cosmopolitismo de Buenos Aires ha logrado minar la preponderancia absoluta de la lengua española en la República Argentina. Y en las demás naciones hispano-americanas, como en la Argentina misma, si se tiene á gloria la pura sangre española, se tiene á orgullo la conservación del habla. No importa que, según aquí también ocurre, la corrompa el precipitado escribir y el incorrecto hablar; no importan los americanismos, las palabras procedentes del maya, del aimará, del azteca; hay, en defensa de la integridad de la lengua, una legión de puristas, gramáticos, filósofos, escritores, que a veces extreman, más que nosotros, el celo en la ortodoxia, el respeto al casticismo y el culto de los clásicos y modelos del siglo de oro.

En labios y en plumas americanos volvemos á encontrar con frecuencia giros y voces que aquí se dejaron en desuso, acepciones rancias que aquí ha modificado el tiempo; hay autores americanos, como el ecuatoriano José Montalvo, que hasta extreman el arcaísmo y encienden su lámpara en el altar de Cervantes. En Guatemala, en México, en Santiago de Chile, en Bogotá, en Costa Rica, la lengua castellana se venera y se engrandece. La Gramática de la Academia Española es obligatoria en los estudios; los libros de texto, á excepción de algunos científicos, en castellano están; en las relaciones comerciales se hace uso del castellano; las casas inglesas buscan, para sus escritores, españoles; los colegios dan en castellano sus enseñanzas; las leyes se redactan en castellano; y si hay en la mentalidad y en la literatura americana corrientes extranjeras, son menos hondas de lo que á primera vista parecen, y, según frase de un americano ilustre, nacen más bien de ignorancia de los tesoros del habla española, de no saber manejarla con dominio.

* *

Asegurado parece, pues, entre millones de hombres, en territorios donde la civilización avanza victoriosa, el porvenir de la lengua cuyo monumento más respetado y conocido es el *Quijote*. No por eso, sin embargo, debe adormirnos una confianza optimista. Como murió el latín puede morir todo idioma, aunque más allá de su nacionalidad de origen abarque vastas tierras y numerosos grupos humanos. El poderío de una nación, el desarrollo de su comercio, la riqueza, la actividad, son el seguro fundamento de la extensión de su habla, y hay naciones en Europa que saben extenderse, que cuidan con amor del incremento del habla, que consagran ardiente celo á propagarla y lo consiguen, y cada año anotan con júbilo una conquista, manchan un trocito del mapa con su color. Nosotros, entre tanto, mientras la producción literaria española se mantiene á una altura que, sin entrar en comparaciones, no juzgo inferior á la de otros países más extensivos, Italia por ejemplo, ni aun ese medio tan seguro de robustecer la soberanía de la lengua española en América aprovechamos, y por incapacidad comercial de nuestra librería, las obras españolas ni corren ni se venden en América sino en proporción irrisoria, y aquel mercado, aquel mercado fertilísimo, donde podría medrar, bajo el sol que cantó Bello, nuestra coscha literaria, está seco, es erial para los únicos aventureros extensores del habla, que todavía pudiéramos, embarcados en blancas carabelas de papel, cruzar los mares en son de conquista...

Sin gran esperanza de que cambie tal estado de cosas, hago votos porque así sea, y no vean los venideros siglos lucir el amargo día en que Cervantes y los demás escritores que han manejado como maestros y enamorados artífices el habla castellana, sean en la América española lo que son hoy los escritores ingleses, alemanes, franceses é italianos: literatura de extraños, en habla de los menos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No habría cosa más fácil que hacer durísima crítica de la manera como se ha celebrado este Centenario de la publicación del *Quijote*. La censura está en todos los labios, y también ha estado, más ó menos explícita y severa, en la mayoría de los periódicos. Resumiré en una sola las notas de desaprobación. El Centenario ha sido, para sus organizadores, tarea de última hora. Todo lo que en el Centenario ha salido con algún lucimiento; los discursos preparados (como es debido y natural) con años de anticipación, sobre la base de trabajos meditados y macados á gusto; los libros elaborados en largas vigiliadas, la Exposición cervantina en el Palacio de Bibliotecas y Museos, todo eso ha sido, al salir á luz, aplaudido y celebrado. Pero aquello que, por el sistema, tan propio de la raza, del *impromptu*, se ha querido fabricar al vapor, ha resultado... lo que debía resultar: una liorna.

* *

Las cosas, ó han de hacerse bien, ó es mejor que ni siquiera se intenten. Sólo se consigue, en esta ebullición estéril de apresuramientos, en este brillar de cohetes y fogarachos, presentar ciertos remedos de las cosas, ciertas telonerías y bambalinas, que á nadie engañan, y menos á los extranjeros, á quienes querríamos deslumbrar con tal aparato de escenografía barata.

Si es cierto que lo cursi, la esencia de esta palabra de la cual tanto se abusa y que Cervantes tendría que aprender, con otras varias, para entender la moderna jerigonza, consiste en las pretensiones que no se justifican, en el *quiero y no puedo*, España, en la presente ocasión, se ha expuesto á la nota de cursilería. Y es el caso que, en realidad, España todavía puede; puede mucho, para empeños como el presente sobre todo; pero no quiere á tiempo, no quiere sino como el niño, de un modo caprichoso, sin firmeza. Aún no nos faltaban medios de haber quedado bien en ocasión de tanto compromiso como la del fracasado homenaje á Cervantes, al idioma, á la raza, al genio, á lo único que sin disputa recibe acatamiento más allá de nuestras fronteras; era cuestión de querer, de haber seguido, desde el primer día, una dirección fija, independiente de los vaivenes de la política, confiando la dirección de este asunto á personas que sólo á él, con dedicación absoluta, se consagrasen. Había que hacer lo que ya indiqué en alguna de estas crónicas, y que poco después, con leves diferencias, preconizó *El Imparcial*; sobre todo había que dar al proyecto lo que la naturaleza da á sus frutos: tiempo de germinar, crecer, granar y sazonzarse.

* *

Y todos, hasta los que pensamos así, venimos á tropezar en este escollo de la precipitación. Yo, que esto escribo, voy á tomar parte—acúsome—en una